

El Hermano Mathieu Re(g)nard

Un misionero que hacía maravillas

Jaime Corera Andía, C.M.

El hombre del que vamos a hablar heredó de su padre un apellido que incluía la “g”. Cuando Mathieu (en adelante: Mateo) era ya un hombre adulto, muchos de sus admiradores, entre los que se contaba nada menos que la reina de Francia, eliminaban la g de su apellido y se lo dejaban en Renard, que en su lengua nativa francesa quiere decir zorro. No lo hacían por insultarle. Todo lo contrario: era un tributo de admiración. Movidado por ese mismo sentimiento, otro de sus admiradores ilustres, Vicente de Paúl, llegó a decir de él en una carta que “el hermano Mateo hace maravillas” (I 573) [I 591]. Vicente usa aquí la palabra hermano en su sentido técnico: miembro de su congregación no ordenado sacerdote.

Mateo Regnard nació en una familia de buen nombre y rica en Brienne-le-Château¹, en el departamento de Aube, no lejos de la ciudad de Troyes, en 1592. Era, pues, unos doce años más joven que Vicente. Nada se sabe de sus años anteriores a su ingreso en la Congregación de la Misión con casi cuarenta años, en 1631, ni tampoco de su vida en la misma (exceptuado lo que se dirá más adelante), fuera de los datos que aparecen en los registros de personal: emisión de los votos en 1644², y fallecimiento en 1669, nueve años después de que falleciera el fundador mismo.

Todo lo demás que se sabe de él se basa en unos escritos, hoy desaparecidos, debidos al mismo Mateo, redactados probablemente por indicación de las autoridades de su congregación con vistas a una

¹ En IX 95, nota 3, se llama al lugar natal de Mateo Brienne-Napoleón. En una academia militar que hubo en esa localidad durante algunos años a finales del siglo XVIII comenzó el joven Napoleón a aprender el arte de la guerra.

² La práctica de hacer votos al terminar los dos años de seminario interno sólo se hizo preceptiva a partir de una ordenanza del arzobispo de París en 1641 (X 346) [XIII 283]. De ahí que la emisión de votos del hermano Mateo tuviera que esperar trece años desde su ingreso en la Congregación de la Misión.

posible canonización del fundador. De hecho los escritos del hermano Mateo no hablaban ni de las virtudes ni de los hechos del fundador, Eran un relato de lo que podía hacer y un retrato de lo que podía ser un miembro de su congregación cuando era movido de verdad, como lo era el hermano Mateo, por el espíritu del hombre que la fundó.

Aparte de los escuetos datos de los registros oficiales, el testimonio más antiguo de la existencia y de la clase de hombre que era el hermano Mateo aparece en la carta ya citada de Vicente de 1639 en la que dice: “Nuestro hermano Mateo hace maravillas en esto, según la gracia especialísima que le ha dado Nuestro Señor”. Tiene, pues, el hermano Mateo, una gracia especialísima que viene de Dios mismo y que se manifiesta en “esto”. En el contexto de la carta “esto” se refiere a un programa dirigido por Vicente de ayuda material y espiritual a las gentes de la Lorena, abrumadas por las guerras entre Francia y las tropas del Imperio.

La devastación de la Lorena duró unos siete años, hasta 1643, año del que tenemos otro testimonio de Vicente, el último que ha llegado hasta nosotros, sobre su hermano Mateo. Este último testimonio describe de modo conciso la calidad del alma de aquel “hacedor de maravillas”: “Hace ya algunos días nuestro hermano Mateo nos escribía desde Lorena, y su carta, toda empapada en lágrimas, me indicaba las miserias de aquel país...: ‘Padre, el dolor de mi corazón es tan grande que no se lo puedo decir sin llorar por la grandísima pobreza...’ de aquellas gentes (IX 95) [IX 84].

Poco más se sabe de la calidad del alma de aquel hombre, aunque en ese aspecto debía de ser muy semejante a la de los varios sacerdotes de la congregación del señor Vicente que trabajaron también en la Lorena durante los mismos años y por las mismas razones que el hermano Mateo. Trabajaron también, igual que él, en un tipo de actividad que, aunque en modo alguno olvidaba la atención “espiritual”, se centraba sobre todo en la asistencia a personas cuyas condiciones materiales de vida habían sido destrozadas por el paso de los ejércitos.

En la misma carta citada antes, en que Vicente hablaba del hermano Mateo en un tono de tan alta alabanza, menciona también a los misioneros, sacerdotes en este caso, enviados a “Toul, a Nancy, a Verdun, a Bar-le-Duc, y que vamos a enviar a Metz para asistir corporal y espiritualmente al pobre pueblo campesino esparcido por esas aldeas...”.

De cómo era la dedicación de esos sacerdotes a aliviar las necesidades de las poblaciones devastadas ha llegado hasta nosotros un testimonio externo a la congregación misma. Es un relato escrito por un padre jesuita, en cuya casa se había albergado uno de los misioneros, que murió exhausto a los 28 años de edad. Le acompañaron en su funeral alrededor de 600 personas empobrecidas por la guerra, a las que había “curado de sus males y aliviado en su pobreza, y confesado

por la mañana y por la tarde”. Termina el padre jesuita su narración con una frase impresionante que él aplica a todos los demás misioneros que él vio trabajar en Bar-le-Duc: “Sus padres (los del señor Vicente) son muy dóciles, excepto cuando se les aconseja que se tomen un poco de descanso. Se imaginan que su cuerpo no es de carne, o que su vida no tiene que durar más que un año” (II 23-24).

A una dedicación como la de sus hermanos sacerdotes, el hermano Mateo añadía una sagacidad y picardía, por no decir astucia, que motivó de sobra el que sus admiradores sustrajeran la g a su apellido y lo dejaran en Renard, que es la grafía con que ha pasado a los libros que tratan de la historia de la Congregación de la Misión. Pero lo que de verdad distingue la acción del hermano Mateo es el hecho de que corrió unos riesgos tales que su vida podía haber terminado en un solo año más de una vez.

Abelly, el primer biógrafo de san Vicente, que conoció personalmente a Vicente y sin duda también al hermano Mateo, cita las hazañas de éste en dos lugares, pero no menciona su nombre. Se refiere a él como “el misionero que llevaba el dinero a Lorena”. Concluye la segunda mención diciendo que “Dios le dio siempre una habilidad admirable y le favoreció con una protección especial para no caer en manos de los ladrones o para librarse felizmente de ellos. La reina le mandó varias veces que fuera a contarle cómo se las arreglaba para escapar, y disfrutaba oyéndole contar las estratagemas inocentes de que se valía. Pero él siempre ha reconocido y admitido en público que esa protección de Dios sobre su persona era fruto de la fe y de las oraciones del señor Vicente”.

¿Estratagemas “inocentes”? Inocentes, ciertamente, todas ellas en el sentido moral, y algunas incluso en el sentido, por decirlo de alguna manera, estratégico. De manera que Mateo y Abelly tenían probablemente razón cuando atribuían a las oraciones y a la fe del señor Vicente la increíble inmunidad de que parecía gozar nuestro héroe, protegido en algunos casos por tretas demasiado transparentes. Pero en otros casos, los más, se podría decir que estaba protegido también por su sorprendente ingenio, de modo que se ganó a pulso el que muchos de sus admiradores le quitaran la g a su apellido paterno.

La biografía escrita por Abelly es de 1664, de sólo cuatro años después de la muerte de san Vicente. No se publicó otra gran biografía hasta ochenta y cuatro años más tarde, en 1748, esta vez debida a la pluma de un teólogo miembro de la Congregación de la Misión, Pierre Collet (Abelly perteneció siempre al clero diocesano). En esta sí se dice el nombre y apellido (escrito Renard) de nuestro hombre, pero en una nota y sólo para decir que, según el testimonio “de quien llevaba el dinero” a la Lorena, la cantidad total de ayudas en metálico y en especie recaudada por san Vicente en París y enviada a la Lorena

ascendió a dos millones de libras³. Pero luego, cuando pasa a narrar los hechos que estamos por ver, no menciona su nombre, y sólo dice que su protagonista fue “un hermano de la Misión”. ¿Es que en la estimación de Collet, a diferencia de la de Abelly, no sería ya el hermano Mateo un “misionero” por no ser sacerdote, sino un “hermano” a secas? Más adelante se verá por qué hacemos esta pregunta.

Como quiera que sea, Collet dice que fueron cincuenta y cuatro los viajes del hermano desde París a la Lorena, llevando en todos ellos grandes cantidades de dinero que en alguna ocasión llegó a ser de cincuenta mil libras. De entre todos esos viajes, entre 1639 y 1649, parece que la narración escrita por el mismo Mateo se limitaba a la descripción de “dieciocho peligros” mayores.

Más de un siglo hubo de transcurrir antes de que Ulises Maynard, canónigo de Poitiers, publicara en 1860 la tercera de las grandes biografías de san Vicente de Paúl. En ella se hace cumplida justicia a Mateo Renard, se dicen su nombre y su apellido en la forma modificada, se narran en detalle algunas de sus hazañas a lo largo de cuatro páginas. Se añade además que todo ello fue “una odisea de una clase nueva, en la que no faltan ni los prodigios ni las aventuras, en la que una divinidad (sic) interviene sin cesar para librar de peligro al humilde héroe. En este caso la divinidad es Vicente mismo, pues el hermano Mateo atribuye a las oraciones y a los méritos del santo el haberse visto siempre sano y salvo”.

Admitamos que a nuestro buen canónigo se le ha ido la pluma, o más bien la mano. Sin duda su nombre de pila, Ulises, le sugirió un modelo clásico bien conocido con el que comparar a su “humilde héroe”. La evocación no deja de ser algo rimbombante, pero se comprende en un hombre de plena época romántica, bien formado, como canónigo que era, en el conocimiento de las mitologías clásicas. Pero hay que admitir que la comparación de la acción de Vicente con la de alguna divinidad pagana se sale un poco de lo que se puede esperar razonablemente de un canónigo.

Maynard es el primer autor que da una relación parece que completa de lo contenido en los escritos de Mateo, o por lo menos de los hechos más importantes, o más interesantes. Ninguna de las biografías que se han escrito posteriormente añade nada nuevo a lo que dice Maynard en el tema del traslado del dinero de París a la Lorena.

Sí habla Coste con cierto detalle en su biografía de san Vicente de otro tipo de traslados que discurrían en la dirección inversa, de la

³ Aun con el riesgo de cometer un fuerte error de cálculo del valor de los dos millones de libras en moneda actual, aventuraríamos una equivalencia de unos 50-60 millones de euros.

Lorena a París. El mismo Vicente menciona esta otra actividad de su hombre en la carta citada al comienzo, en la que informa a su corresponsal de que “el mes pasado (Septiembre de 1639) ha traído consigo a cien, entre muchachas, señoritas (casadas o viudas de posición social media) y otras, a las que ha conducido y alimentado hasta esta ciudad” (I 573) [I 591]. Coste añade otros casos, en particular uno en que la acción de Mateo favoreció a “ciento sesenta muchachas que de este modo pudieron librarse de los peligros que les acechaban en sus pueblos”.

De manera que Mateo Renard no perdía el tiempo, ni tampoco viajaba de vacío ni al ir ni al volver de la Lorena. Cómo pudo hacer todos esos viajes sin perder una sola libra y sin que le raptaran una sola muchacha se debe (esto se sabe con seguridad como hecho histórico) a su intrepidez y capacidad imaginativa, a su astucia, si se quiere; o si esa palabra suena algo recia aplicada a un santo, a su imaginación, a su capacidad de inventar salidas aparentemente imposibles en situaciones muy difíciles. Lo que se le escapa a la historia es la verdad que pueda haber en la convicción del mismo protagonista de que sus “hazañas” eran posibles sólo porque le protegían los méritos y la oración de Vicente de Paúl.

Lo que sí se puede asegurar, también en el plano histórico, es que Mateo era un hombre movido por el espíritu de Vicente de Paúl; es decir, que su ser y su obrar fueron configurados poderosamente por el ser y el obrar de su fundador; y, a la inversa, que su fundador veía en Mateo un ejemplo viviente de cómo debía ser y cómo debía obrar el miembro de la congregación misionera que había fundado sólo cinco años antes de que Mateo Regnard ingresara en ella. Éste no había ingresado en la Congregación de la Misión para ser sacerdote, pero sí para ser misionero entre gentes pobres y empobrecidas, y en este aspecto decisivo no había diferencia entre él y sus hermanos sacerdotes. Estos añadían a su ser misionero un “ser” sacerdotal y unas funciones ministeriales que Mateo no podía ejercer. Pero también ellos tenían que saber que, aunque fueran sacerdotes, habían venido a la congregación del señor Vicente para ser misioneros de los pobres, y no ante todo para ejercer funciones sacerdotales para cualquier clase de gente. Por eso debían cuidarse muy mucho de que la realidad sacerdotal de su vida no acabara ahogando su dedicación a atender a la gente pobre también en las necesidades materiales de sus vidas. Éste debía ser el elemento fundamental que debía inspirar todos los aspectos de su vida sacerdotal.

Unos años después de terminada la campaña de la Lorena los hombres del señor Vicente emprendieron una campaña parecida que abarcó a unas doscientas poblaciones de la región de Champaña-Picardía. Hubo un momento en que del número original de dieciocho entre sacerdotes y hermanos sólo quedaron tres, hermanos los tres, uno de

ellos una vez más nuestro hermano Mateo. De la acción de estos tres hombres ha quedado un testimonio de alabanza de una importante señora parisina, Dama de la Caridad, que se expresó así: “Si los hermanos de la Misión tienen tanta gracia para hacer todo ese bien que nos acaban de contar, ¡cuánto más harán los sacerdotes!” (XI 232) [XI 339].

Esa señora parecía entender bien cómo deben manifestar su vocación también los sacerdotes de la Misión. Que esa manera de ser sacerdote misionero era posible lo probaron hasta la saciedad los sacerdotes del señor Vicente que trabajaban en la Lorena en las mismas fechas en que el hermano Mateo vivía la misma manera de ser misionero, pero en su caso como hermano.

No vamos a narrar aquí las muchas hazañas del hermano Mateo que se pueden encontrar en las biografías de san Vicente más conocidas. Sí destacaremos algunas que nos parecen más llamativas, casi increíbles. De su veracidad responde la alta calidad moral de quien las vivió y las puso por escrito. El hermano Mateo merece plena credibilidad, aun cuando hable de sí mismo y de sus gestas.

Un buen día, cargado con 34.000 libras en sus alforjas, se tropezó en el camino con un caballero en su caballo que, pistola en mano, le obligó a caminar hacia un lugar apartado para saquearlo a sus anchas. Mateo pensaría en un primer momento que en esa ocasión sí que no había escapatoria. Pero en un segundo momento se le ocurrió hacerse el tonto. Empezó a mirar de reojo al jinete esperando alguna distracción de éste, que efectivamente llegó cuando volvió una vez la cabeza, momento que aprovechó Mateo para deshacerse de su carga y arrojarla entre la maleza cercana. Al muy poco, se volvió de espaldas y empezó a hacer tales zalemas al jinete arrastrando los pies y doblando la cintura que éste empezó a pensar que su víctima estaba mal de la cabeza. En realidad lo que hacía Mateo era señalar con surcos en un terreno recientemente labrado el lugar cerca del cual había escondido sus alforjas. El jinete siguió empujando a nuestro hombre hasta el borde de un precipicio, donde lo único que pudo conseguir de él fue un cuchillo de viajero. Hecho lo cual lo dejó con vida por loco y se marchó con su magro botín. Y así Mateo pudo recuperar con facilidad todas las libras que había escondido entre la maleza.

Nuestro hombre hizo tantos viajes durante tantos años que su nombre era conocido en toda la región y su persona esperada por soldados y malandrines, y no precisamente para escoltarle. En una ocasión se sabía que estaba en el castillo de Nomeny, portador, como siempre, de una fuerte cantidad de libras. Una partida de mercenarios, enterada de ello, se apostó para esperarle en todos los caminos que conducían al castillo. Pero Mateo pidió, y consiguió, que le abrieran una poterna

por la que salió antes de amanecer y se escapó por un sendero secreto apenas usado.

Tantas fueron sus hazañas y tan conocidas que llegaron a impresionar incluso a gentes que más hubieran querido robarle que admirarle. Pero hubo ladrón que no permitió que se le robase – lo valiente no quita lo cortés – por la admiración que sentía hacia aquel hombre que se jugaba la vida por salvarla a cientos de personas pobres. Así fue cómo en una ocasión un capitán, emboscado con su banda cerca de Saint-Mihiel, informó a sus hombres de que Renard andaba cerca de allí, y al verlos dispuestos a ponerse en marcha para saquearle, sacó la pistola y les dijo en tono que no dejaba lugar a dudas: “Le abro la cabeza a quien quiera hacer el mal a un hombre que no hace más que el bien”.

Con esta frase de un ladrón, “un hombre que no hace más que el bien” a gentes pobres, y con esta otra de un santo, “el hermano Mateo hace maravillas”, ¿se daba una caracterización fiel de lo que debía ser el estilo de vida misionero tal como lo había diseñado su fundador?; ¿se reflejaba con fidelidad el tipo de hombre, el tipo de cristiano, que había querido inspirar san Vicente de Paúl al fundar la Congregación de la Misión?

Conclusión

La figura histórica de Mateo Renard que ha llegado hasta nosotros no responde en absoluto a la definición oficial que nos dejó Vicente de Paúl de lo que debe ser un hermano en su congregación. Nótese: nos referimos a la definición oficial, no a la alta opinión que Vicente expresó más de una vez acerca de los miembros no ordenados de su congregación, de los que en una ocasión llegó a decir que en su forma de vida imitan a Cristo en lo que hizo durante treinta años, mientras que los sacerdotes en lo que hizo solamente durante tres (XI 34-35) [XI 109].

La definición oficial dice así: “La función de los (hermanos) laicos es ayudar a los eclesiásticos, a la manera de Marta, en todos los ministerios enumerados, según les fuere señalado por el superior” (*Reglas Comunes*, I, 2).

En la historia de la Iglesia una opinión muy extendida siempre ha creído saber muy bien qué es lo que, a diferencia de María, le toca a Marta: hacer la comida y cuidar de la casa. Sin duda también el hermano Renard se acomodó a ese papel, y hay que suponer que lo hizo con toda docilidad, cuando residía en San Lázaro y no caminaba por los campos de la Lorena. Pero ese caminar cargado de libras se acomoda malamente a la figura de Marta. Seamos sinceros: la rompe en mil pedazos.

Y sin embargo fue el mismo hombre el que escribió lo que dicen las Reglas Comunes y el que enviaba a Renard, y luego a Parre y a otros hermanos, a arriesgar sus vidas para asistir a muchedumbres empobrecidas por las guerras. Y tampoco son estos hermanos los únicos que se salen de la descripción oficial, pues el mismo Vicente conoció muy de cerca como secretarios personales a otros hermanos, Ducourneau, Robineau, cuya actividad tampoco se acomodaba en modo alguno a la figura de Marta.

Pero en los tiempos posteriores de la Congregación de la Misión se conoció poco durante muchos años, en realidad durante más de dos siglos, su historia verdadera, pero siempre se conoció muy bien lo que decían las Reglas. De modo que, con escasas excepciones, el modelo de hermano que acabó predominando en todas las provincias fue el del hermano modelado sobre la figura de Marta, la mujer hacendosa. La verdad es que no es este un mal modelo, y con él se han producido no sólo no pocos santos anónimos, sino que puede que en no pocos casos el bienestar habitual de las comunidades haya dependido de los hermanos que cuidaban de ella. El fallo estaba en hacer de ese modelo de hermano casi el único modelo. El fundador mismo conoció y cultivó otros modelos.

Queda otro aspecto importante que surge también en la vida de Renard, pero que se refiere a la actividad de los sacerdotes del señor Vicente. En el mismo número 2 del capítulo I de las Reglas Comunes se hace una enumeración de los ministerios propios de los eclesiásticos de la Congregación de la Misión. Se trata en todos ellos de actividades normales, por así decirlo, de cualquier tipo de sacerdote de la Iglesia Católica, con la excepción de la mención que se refiere a la fundación de Cofradías de Caridad en las parroquias misionadas.

Pero algunas de las actividades de los sacerdotes del señor Vicente en la Lorena, y luego en Champaña-Picardía, e incluso de él mismo y de otros hombres suyos en el mismísimo París, no tenían nada que ver con la fundación de Cofradías de Caridad, ni estaban previstas entre los ministerios enumerados en las Reglas. Y también en este caso sucedió lo mismo que en el caso de los hermanos. Se conocían bien las Reglas, pero no se conocía bien la historia. Y acabó predominando en la Congregación de la Misión un tipo de sacerdote que en su actividad pastoral era básicamente un duplicado de un sacerdote “normal” en sus actividades litúrgicas, sacramentales, devocionales, burocráticas parroquiales...

Nótese que hemos dicho que “acabó predominando”. Nunca faltó del todo en la historia de la Congregación de la Misión, y hasta predominó en algunos casos sobre todo en países de misión, el tipo de sacerdote misionero que se parecía muy mucho a los que en la Lorena, en Picardía y en París se dedicaban a atender a sus gentes no sólo en

el aspecto espiritual, sino también en el material o corporal, y a veces morían también por ello de agotamiento físico, igual que en la Lorena.

El texto definitivo de las Reglas Comunes se entregó a los miembros de la Congregación de la Misión el 17 de Mayo de 1658, dos años antes de que falleciera su autor. Vicente mismo empezó a comentarlas en conferencias semanales sucesivas. Aunque no le dio tiempo a comentar todo el contenido de las Reglas, basta leer las conferencias que han llegado hasta nosotros para convencerse de que quien se contente con leer el texto escueto de las Reglas jamás llegará a entender en toda su riqueza la visión espiritual propia de san Vicente de Paúl para su congregación. Lo que no está en las Reglas está en su enseñanza oral, en su enseñanza epistolar escrita, y en su manera de obrar y la de sus hombres, entre ellos, y como ejemplo no menor, la manera de obrar de quien fue bautizado como Mathieu Regnard, y murió como hermano Mathieu Renard.

De unos pocos meses después de la entrega de las Reglas, del 6 de Diciembre de 1658, nos ha llegado una conferencia en la que se podría decir no ya que el fundador corrige lo que él mismo había escrito en las Reglas, pero sí que añade un aspecto fundamental que prácticamente no aparece en ellas. Ese texto, muy citado y conocido hoy, se podría considerar como la definición final, a manera de testamento, de lo que debe ser un misionero de su congregación, sea o no sea sacerdote. Terminamos con él como resumen de todo lo que, aprovechando el ejemplo sorprendente del hermano Mateo, se ha querido decir en este trabajo:

“Si se encuentra alguien entre nosotros que piense que está en la Misión para evangelizar a los pobres y no para socorrerles, para remediar sus necesidades espirituales pero no las temporales, respondo que debemos asistirles y hacer que se les asista, nosotros mismos y por medio de otras personas, de todas las maneras... Hacer eso es evangelizar por medio de palabras y de obras... Eso es también lo que hizo Nuestro Señor” (XI 393) [XII 84].

Nota bibliográfica

Todas las citas que aparecen dentro del texto se refieren a las obras completas de san Vicente de Paúl, número de tomo y de página.

De las biografías más importantes de Vicente de Paúl no se citan en sus lugares respectivos los números de las páginas correspondientes por la variedad de ediciones y de lenguas en que han sido publicadas. El tema de este trabajo aparece en los siguientes lugares:

- ABELLY: libro II, capítulo 11, sección I.
- COLLET: tomo I, libro IV.
- COSTE: tomo II, capítulo 40.
- MAYNARD: tomo IV, capítulo 3, § VI.
- ROMÁN: capítulo XXXI.

La biografía del hermano Mateo que se encuentra en *Notices sur les prêtres...* no añade nada a lo que dice Maynard excepto la información en p. 29, nota 2, de que el mismo Maynard “se sirvió de las notas de Collet”.